

Influencia del proceso de descolonización en la Europa ac- tual: una reflexión necesaria

RESUMEN

El objeto del presente ensayo es analizar las repercusiones que podría tener para la Europa actual el proceso de descolonización en el que se vio envuelta a mediados del Siglo XX. No obstante, es imposible referirse a la descolonización sin antes abordar el proceso inverso, esto es la colonización.

RESUMO

O objetivo do presente ensaio é analisar como as repercussões do processo de descolonização do século XX poderiam atingir a Europa atual. Entretanto, é impossível referir-se à descolonização sem antes abordar o processo inverso, isto é, a colonização.

PALAVRAS-CHAVE (PALAVRAS-LLAVE)

- Descolonización (Descolonização)
- Europa actual (Europa actual)
- Colonización (Colonização)

PARA ALGUNOS AUTORES "Colonizar es una necesidad de todas las sociedades humanas. Partir, ir adelante, es una de las más naturales aspiraciones de las generaciones que se levantan e interrogan más allá del horizonte para poblar la lejanía. El primero de los colonos fue el primero de los hijos". Para otros, como Jacques Arnault "La historia de la colonización es un elemento del modo de producción capitalista ya desde los orígenes de su desarrollo".

Esta visión estructuralista de Arnault sostiene que a cada gran etapa del desarrollo de la sociedad capitalista ha correspondido una etapa particular de la historia de las empresas coloniales, las que se han ido modificando de acuerdo a la evolución de las condiciones de la economía de cada fase, variando los objetivos y los medios. A su juicio los tres grandes períodos de la historia del modo de producción capitalista (período de acumulación del capital, período del capitalismo de concurrencia y período del capitalismo monopolista) ha tenido su contrapartida en el modo de colonización.

En el primero de estos períodos, que sitúa a fines del siglo XV e inicios del siglo XVI, los señores feudales y los comerciantes europeos - entre los que cita específica y principalmente a portugueses y españoles, agregando en un segundo plano a ingleses, franceses y holandeses - precisaban oro y metales preciosos así como importar un surtido de productos exóticos y especias para la conservación de la carne y otros productos comestibles.

El objetivo religioso habitualmente

Bárbara Délano Alfonso

Instituto de Estudios Internacionales - Universidad de

argumentado es desechado por Arnault, quién para ello cita entre otros documentos la carta de Cristóbal Colón del 15 de octubre de 1492 en que el navegante genovés, a las ordenes de los Reyes Católicos de España, sostiene "Aquí debe haber muchas cosas que yo no conozco, pero no puedo dejarme apartar de mi objetivo: encontrar oro para la explotación de las islas". Algo parecido ocurriría con la primera expedición francesa (1524) dirigida por Verrazano - financiada por banqueros florentinos emigrados a Lyon, unidos a comerciantes de Rúan - quién hizo importantes descubrimientos geográficos que posteriormente llevarían a la colonización de Canadá por parte de Francia, pero que reconoce su esperanza de encontrar "drogas, licores aromáticos y otras riquezas, oro especialmente".

Tras abandonar esa aventura, Francia trata de aprovechar los descubrimientos de Vasco da Gama y Magallanes, financiando la primera expedición de Jacques Cartier, a quién Francisco I le da la misión de "descubrir algunas islas y países donde se supone existe una gran cantidad de oro y otras riquezas y otras cosas valiosas.". No es sino hasta la tercera expedición de Cartier que Francisco I hace alusión a la necesidad imperiosa de "establecer la religión cristiana en un país de salvajes sin esperar otro beneficio que la conquista de infinitas almas para Dios". El monarca francés trataba así de obtener la aquiescencia del Papa, quién a pesar de saber que las tierras que estaban siendo reclamadas por Francisco I ya habían sido otorgadas por Bula Papal a España en 1495, no pudo sino callar ante tan pía empresa.

Volviendo al esquema de Arnault, en el segundo período, esto es desde fines del siglo XVI y hasta comienzos del XIX, además del oro y las especias, las empresas coloniales precisaban asegurarse terrenos "desocupados" para sacar de ellos materias primas y enviar a los mismos sus excedentes de producción manufacturera. Aquí cobra auge la colonización británica, la que alcanza su mayor esplendor cerca de 1750.

Entre 1600 y 1700, la Compañía Inglesa de las Indias Orientales había estado vegetando ya que sus intentos por hacer que los comerciantes hindúes adquirieran sus manufacturas habían sido vanos. Sin embargo, después de la conquista de los territorios norteamericanos y africanos su superioridad militar la lleva a un pillaje desenfrenado, logrando Inglaterra acelerar de golpe su acumulación de capital y hacer con ello posible la industrialización a gran escala.

Holanda en igual período es un caso singular. Habiendo alcanzado una importante potencia económica particularmente por sus florecientes negocios bancarios y habiéndose liberado de la dominación española se lanzó en sus propias aventuras extraterritoriales. El principal blanco de los holandeses fueron las colonias de Portugal, país que con una población muy pequeña, de poco menos de 1 millón de habitantes, había llegado a dominar más de un tercio de la superficie terrestre.

Es así como Holanda, en 1609, funda las factorías de las Islas Tidor, Java y Amoine; En 1621 organiza la Compañía de las Indias Occidentales con la finalidad de implantar una colonia en América del Sur, atacando en 1624 la ciudad de Salvador de Bahía, capital en ese entonces de la colonia portuguesa de Brasil, de la que son arrojados un año más tarde, pero logran instalarse en algunos sectores del nordeste, siendo su paso especialmente marcado en el actual Estado de Pernambuco y, dentro de éste, en las ciudades de Olinda y Recife, de las que finalmente fueron expulsados en 1654.

En 1641, Holanda se establece en el estrecho de Malacca y en 1658 echa a los portugueses de Ceilán. La paz entre Portugal y Holanda fue lenta y difícil, ya que la lucha continuó en otros puntos de Asia y África. Particularmente cruenta fue en Angola, principal punto de importación de brazos esclavos para la colonia lusitana en América del Sur.

En la tercera etapa del esquema de Arnault, esto es a fines del S. XIX, las em-

presas coloniales trataron de asegurarse zonas para la exportación de sus productos, llegando a encontrarse el mundo completamente repartido y ocupado. Si bien en menor escala que Portugal, España, Inglaterra y Francia, los grandes colonizadores de los siglos XV al XVIII, Alemania e Italia también habían hecho sus propios esfuerzos.

Estados Unidos, con una política muy diferente, de adquisición de territorios en los casos de Louisiana y Alaska pero también de guerras armadas contra España y México a las que arrebató Nuevo México, California, Texas y Florida, también había conseguido ampliar considerablemente sus territorios tanto continentales como de ultramar.

Esta postura u óptica “mercantil” de la colonización ha sido rechazada por la población de la mayoría de los países involucrados en la expansión de territorios, quienes han visualizado el proceso de colonización como una epopeya de sus antepasados, obviando los sufrimientos y desencantos de la población local, la que por décadas, e incluso en algunos casos por siglos, fue privada de sus bienes, de su cultura y de sus tradiciones.

Arnault destaca la crueldad del invasor europeo en América, usando para ello, entre otros ejemplos, el de Balboa quien “sometió a los indígenas haciendo devorar a sus jefes por los perros, a la menor falta”. Mientras que en la India el portugués Vasco da Gama “ordenó cortar las orejas de un cautivo, luego le hizo coser las orejas de un perro y le envió de vuelta a tierra”. Historias como esta última son innumerables en textos tales como “Le Seult Amant” de Èric Deschodt y Jean Claude Lattés, que relata el periplo de Da Gama y sus hombres en Calcuta.

Otros autores, como el británico Hughes prefieren hablar de colonización sólo como aquel proceso de expansión territorial de las potencias europeas ocurrido después de los procesos independentistas de principios del siglo XIX en las Américas, lo que obviamente lo reduce y minimiza, al tiempo

que focaliza la descolonización en el sur de Asia, Oriente Medio y África, dejando en el camino una serie de circunstancias que tienen consecuencias en las relaciones internacionales actuales y, particularmente, en Europa.

Es el caso de América Latina, que actualmente está siendo cortejada por España, la que se publicita como un buen socio para el acceso de sus ex colonias a la Unión Europea aprovechando de paso expandir sus intereses comerciales, o contrario sensu, el de Brasil que con su potencia poblacional, económica e industrial está aglutinando a los países de lengua portuguesa, incluyendo a su ex Metrópoli, para negociar en mejores condiciones su incorporación a los mercados internacionales.

La historia de la descolonización

“A decir verdad, hasta la Segunda Guerra Mundial la mayoría de los europeos no se planteaba el futuro de las colonias sino el presente. Todavía les animaba la “alegría de las conquistas” del expansionismo, la sensación de superioridad que les proporcionaban el prestigio de su civilización y su desarrollo económico”.

La distancia en el desarrollo económico entre su mundo y el de aquellos que en Asia, África o algunas islas caribeñas y del Pacífico Sur estaban bajo su dependencia era tan abismante que nunca se plantearon seriamente que el problema fundamental de los pueblos colonizados no era sólo material sino que profundamente valórico.

La segunda guerra mundial acortó bruscamente el proceso de transición que los europeos esperaban durase varios siglos o que simplemente no ocurriese nunca. El “derecho de los pueblos de disponer de sí mismos” recogido en la Carta del Atlántico y luego en la Carta de las Naciones Unidas fue el detonante para asiáticos y africanos que entendieron que había llega-

do el momento de desprenderse totalmente de los lazos de dependencia que les habían hecho más miserables y les sometían a todo tipo de injusticias.

Ya no les parecía adecuada ninguna fórmula intermedia tibiamente propuesta - tales como la integración a de los territorios coloniales a la metrópoli o la unión política con esta - aspiraban a la libertad completa.

La única potencia que algo alcanzó a realizar antes del alzamiento generalizado fue Gran Bretaña, que aplicó con ciertas reticencias el "procedimiento de la Commonwealth" a India, Ceilán y las posesiones de África Occidental. La mayoría de las potencias prefirió considerar los alzamientos como problemas coyunturales y aplicar en ellos procedimientos de "pacificación" arguyendo que se trataba de perturbaciones al orden por parte de agitadores subversivos.

Tratando de respetar los ordenes cronológicos necesarios - ante el brutal desconocimiento existente del proceso de descolonización del siglo XX en esta parte del mundo - es necesario remontarse al término de la Primera Guerra Mundial y la postura sostenida por el presidente norteamericano Woodrow Wilson quién estaba convencido que sólo se podría alcanzar la democracia y la paz en la medida que cada pueblo fuese libre de disponer de su destino y de gobernarse por sí mismo, señalando en el punto quinto de los Catorce Puntos enunciados el 8 de enero de 1918 que " los intereses de las poblaciones deben tener igual importancia que las justas reivindicaciones del gobierno cuyo título deba definirse."

Esta frase, que en lo fundamental apuntaba a despojar a Alemania de sus posesiones coloniales en África, Asia y Oceanía, terminó cuajándose en el artículo 24 del Tratado de Versalles, firmado el 14 de febrero de 1919, que definió 3 tipos de mandatos (los tipo A, B y C) que en definitiva no hacía sino repartir entre Gran Bretaña y Francia los territorios que habían pertenecido a Alemania y al imperio Otomano.

Los mandatos tipo A entregaban a

Gran Bretaña los territorios de Palestina, Transjordania e Irak y a Francia los de Siria y Líbano. Los mandatos tipo B asignaban a Gran Bretaña los territorios del noroeste de Camerún, Togo occidental y Tanganica; a Francia Togo y el resto de Camerún; y a Bélgica Ruanda-Burundi. Los mandatos tipo C, contemplaban el dominio de Gran Bretaña sobre África del Sur; en tanto que dejaba los territorios del Pacífico al norte del Ecuador a Japón y los del sur del Ecuador a Australia y Nueva Zelanda.

Este reparto, exceptuando las Carolinas, las Marianas y las Islas Marshall, dejaba a 200 millones de blancos europeos administrando a 700 millones de asiáticos y africanos.

La aparición de nuevas teorías en materia colonial no hacía mella en los europeos. Ellos poseían todas las superioridades: intelectual, científica, económica, política, financiera y militar. Seguían pensando en la superioridad del hombre blanco tanto en términos físicos como morales. Es en esas condiciones en que se comienza un proceso en que se dan tres corrientes en los pueblos colonizados que alcanzarían su madurez sólo algunos decenios más tarde: el nacionalismo asiático, la renovación islámica y el panafricanismo.

El nacionalismo asiático

Siglos de dominación holandesa en Indonesia y británica en la India hizo que tras el fin de la Primera Guerra Mundial parte de la juventud más preparada de esos países comenzara a mirar con simpatía hacia Japón, quien había demostrado en los hechos que la diferenciación racial no implicaba supremacía de los blancos europeos sobre los asiáticos amarillos.

También la China revolucionaria de Sun Yat Sen influyó significativamente sobre las elites más jóvenes, dando origen entre otros movimientos al Viet-Nam Quoc Dan Dong, cuyo objetivo era la independencia de Vietnam y su organización en un

estado democrático parlamentario.

Los nacionalismos asiáticos se fueron definiendo más que como una comunidad de intereses como una voluntad de oposición a occidente. Los pueblos odiaban a los extranjeros que destruían su tipo de vida social y a quienes consideraban bárbaros en sus costumbres, particularmente aquellas de tipo higiénico.

La renovación islámica

Los musulmanes, en tanto, constituían a principios del siglo XX una comunidad de aproximadamente 300 millones de almas, desperdigadas en África, Asia y Oriente Medio. En su mayoría estaban bajo la égida de alguna potencia europea (Gran Bretaña, Francia, Italia, Alemania, Portugal e incluso algunos restos del antiguo imperio español).

En el curso de la Primera Guerra Mundial la mayoría de esos musulmanes se aliaron fielmente a la causa aliada esperando como recompensa su liberación completa. Muy por el contrario, no sólo continuaron bajo su dominación sino que aquellas que eran independientes fueron fragmentadas.

Este proceso fue particularmente notorio en el ámbito de los países árabes, lo que les llevó a plantear en el Congreso Mundial Islámico de 1931 la necesidad imperiosa de "favorecer la difusión de la cultura musulmana y la defensa del Islam contra el colonialismo".

El Panafricanismo

África es, tal vez, uno de los continentes más desconocidos y vilipendiados de la historia. Los prejuicios raciales han sido de tal envergadura que su cultura original, la capacidad intelectual de sus habitantes y sus formas de organización social han sido sistemáticamente desconsideradas.

Si bien es cierto que los europeos - y en este campo debe fijarse el dedo acusa-

dor especialmente en Portugal y su infame "Casa de Mina" - lograron imponerse no tan sólo por el poder de sus armas de fuego sino que a través del auxilio de los propios africanos contra sus hermanos de raza, también es necesario reconocer el hecho de que el único criterio para determinar los límites de los dominios coloniales fue el de contentar a los diversos imperios europeos. Al hacerse esta división artificial se dificultó aun más la consolidación de los procesos de diferenciación de las diversas nacionalidades africanas.

A estas alturas del proceso resulta casi anecdótico referirse a algunos hitos importantes en el desarrollo del sentimiento Panafricano como la creación de la Asociación Universal para el Progreso de los Negros (UNIA) organizada por Marc-Aurèle Garvey que pretendió, entre 1920 y 1925, que los negros de Norteamérica se trasladasen masivamente a Liberia. No logró nada concreto en términos inmediatos pero sí introdujo en todos los países con habitantes negros el orgullo de raza, que 50 años más tarde se haría popular bajo la fórmula de Malcolm X *black is beauty*.

En el intermedio habían ocurrido sucesos notables como cuando tras la invasión de Etiopía por parte de Mussolini (1935) surge el etiopismo, sentimiento de esperanza que luego se transforma en decepción y rabia cuando se hizo evidente que las democracias no actuarían en contra de Italia.

Henri Grimal relata en palabras de Kwame N'Kruhma este sentimiento "Tuve la sensación de que Londres me declaraba personalmente la guerra ... Mi nacionalismo explotó; estaba dispuesto a ir hasta el mismo infierno si hubiera sido necesario para lograr mi objetivo: el fin del colonialismo".

Hasta aquí ningún paso había sido gratuito ni fácil. La descolonización asiática había rendido sus frutos en África. El puente de unión entre ambos continentes había sido la Liga Árabe, cuya influencia se extendía a través de ambos. Primero había sido el ejemplo de J. Nehru en la India y después el Coronel Nasser en Egipto. En 1949, en la

Conferencia de Nueva Delhi, se reúnen las naciones asiáticas y a ellas se suman Australia, Egipto y Etiopía.

La Conferencia de Bandung

En 1955 se celebró la reunión de Bandung, que de acuerdo a Grimal "fue el resultado del deseo de los estados asiáticos y africanos de estudiar y examinar sus intereses mutuos y comunes y los problemas que interesan especialmente a los pueblos de Asia y África cómo son los relacionados con la soberanía nacional, así como el racismo y el colonialismo".

En total asistieron 24 países, 7 de ellos africanos (Egipto, Etiopía, Ghana, Liberia, Libia, Sudán y Maggreb que envió observadores), en tanto que los anfitriones eran todos asiáticos (Birmania, Ceilán, India, Indonesia y Pakistán). Había países neutrales, otros unidos a la política occidental (como Irak, Jordania y Filipinas) y otros al bloque socialista (como China y Vietnam) pero lo que tenían en común era su voluntad de cooperar entre pueblos pobres y en oposición al colonialismo.

Una nota común fue la crítica a los norteamericanos y su afán a hablar siempre de libertad y de derechos, pero a respaldar la política europea. También existía la convicción que el colonialismo era el único obstáculo para el progreso de un país y establecieron el principio de que los pueblos liberados tenían el deber de ayudar a los dependientes a conseguir su soberanía.

La Conferencia Afroasiática tenía por objeto principal construir un bloque económico regional, pero también hacía énfasis en aspectos de cooperación cultural, derechos del hombre y autodeterminación, así como al desarrollo de la paz y la cooperación mundial.

Bandung fue el estopín de una verdadera explosión de deseos de libertad y cada día el espíritu de los países dependientes se hacía más reivindicativo. En abril de 1958 se produce la Primera Conferencia de Accra

que reúne a 8 países africanos y en la que se acuerda reconocer al FLN como único interlocutor válido en Argelia. En diciembre del mismo año, en la misma ciudad, se juntan unos 200 delegados de casi todos los países de África para "puntualizar las modalidades de la revolución no violenta de África contra el colonialismo, el imperialismo, el racismo, el tribalismo y el separatismo religioso."

El camino que siguieron los países de África para independizarse fue disímil. Por ejemplo aquellos del África inglesa tuvieron que enfrentarse al hecho de que Gran Bretaña no les reconocía algunas condiciones que en Asia (India, Pakistán) habían sido fundamentales: su capacidad para constituir unidades separadas con una estructura económica y legal propia que gradualmente les permitiría acceder a la independencia permaneciendo en la Commonwealth.

Gran Bretaña ni siquiera había tenido en mente convertir sus territorios africanos en estados o naciones. La posibilidad de un autogobierno en 1945 era simplemente algo unimaginable: para otorgarles libertad política era necesario que primero se viesen en paralelo progresos económicos y sociales notorios.

En 1947, el gobierno de Atlee inició algunos tímidos intentos de desarrollo cuyo objetivo era "no perder una colonia sino ganar un miembro para la Commonwealth; lograr que se respetaran los derechos e intereses adquiridos, ya fuesen los de los jefes o los de los europeos". Metas absolutamente utópicas en un continente donde la fermentación independentista ya era un hecho.

América había sido el primer continente en liberarse del dominio europeo, África fue el último. El 30 de diciembre de 1950 se promulga la Constitución de Costa de Oro. En febrero de 1951 es elegido el primer parlamento, mediante un sistema que combinaba sufragio directo e indirecto y Kwame N'Krumah se transforma en Primer Ministro (título que obtiene en 1952). Tras diversos avatares políticos, N'Krumah logra - recién en julio de 1953 - un trato por

parte de Gran Bretaña similar al que otorga a los otros países de la Commonwealth. N'Krumah señala "Nuestra economía esta saneada y tenemos amplias perspectivas. Nuestra población es profundamente homogénea y no tenemos problemas de religiones ni de tribus. Y, por sobre todo, no tenemos prácticamente ningún prejuicio de tipo racial".

No es sino hasta el 14 de diciembre de 1951 que se produce la independencia de Libia. Casi un año después, el 15 de septiembre de 1952, Eritrea se federa a Etiopía y en febrero de 1953 el tratado anglo-egipcio otorga la independencia a Sudán. El 20 de agosto de 1954 se otorga la autonomía interna de Túnez y el primero de noviembre del mismo año comienza la insurrección argelina que poco más tarde haría caer a la IV República Francesa. En abril de 1955 se produce la Conferencia de Bandung.

Sudán, Marruecos y Túnez logran su independencia en el primer trimestre de 1956; Ghana lo hace en 1957 y Guinea en 1958. Tal vez 1960 sea el año más notorio en cuanto a procesos formales de independencia: Camerún, Togo, Madagascar, el Congo Belga, Somalia, el Congo (Brazaville), Chad, Gabón, Dhomey, Níger, Alto Volta, Costa de Marfil, Senegal, Malí, Nigeria y Mauritania.

Los resultados de la Conferencia de Bandung continúan en 1961 con la independencia de Sierra Leona y Tanganica; en 1962 les toca su turno a Ruanda, Burundi, Argelia y Uganda; en 1963 se independizan Zanzíbar y Kenia; un año después Rodesia del Norte y, en 1966, Botswana y Lesotho.

África estaba casi complementemente libre, solo faltaban Mozambique y Angola que obtendría su independencia de Portugal en 1975. Finalmente, en 1980, Zimbabwe obtenía su libertad.

El movimiento colonizador prácticamente había quedado deshecho. Un proceso que había tomado casi cinco siglos en consolidarse había tardado menos de medio en desmoronarse.

Algunos casos emblemáticos: el Congo Belga y Argelia

Este brevísimo resumen podría dar la sensación equívoca de un proceso de independencia relativamente pacífico, pero no hay nada más lejano a ello.

Un ejemplo clásico fue la independencia del Congo Belga donde los intereses económicos de la corona eran de tal magnitud que simplemente no estaba dispuesto a abandonar sus posesiones. Los funcionarios belgas tenían el monopolio del poder administrativo y estaban preparados para todo con tal de mantener la situación. Con la ayuda de la iglesia católica atacó tanto el paganismo como las sectas mesiánicas (kimbanguismo, matsuanismo) y a los partidarios de la poligamia.

Según Grimal hasta 1951 los africanos en el Congo no tuvieron acceso a la educación secundaria y no fue sino hasta 1955 que se les permitió acceder a la educación universitaria a aquellos que iban a dedicarse a la vida eclesiástica. El lema era "si no hay elites no hay problemas".

Sin embargo, más que el ímpetu independentista congolés lo que desato la crisis final fue el conflicto metropolitano entablado por la iglesia católica y el nuevo gobierno de corte socialista. El Rey Balduino tras una visita a sus dominios del Congo declaraba "el problema fundamental es el de las relaciones humanas entre blancos y negros".

Bajo el gobierno del general Pétillon se entregaron algunos indicios de participación e igualdad los que fueron ferozmente rechazados por la población blanca. El 4 de enero de 1959 hubo un mitin público cuyo resultado fue 100 muertos - todos africanos negros - y cientos de heridos graves, 17 de ellos blancos europeos. De allí en adelante los incidentes fueron in crescendo, hasta terminar en una verdadera masacre en que no se restaron víctimas de lado y lado.

Tras Indochina, donde se luchaba denodadamente para evitar su independen-

cia, Francia mantenía a Argelia como una de sus posesiones más interesantes. Allí se estaba incubando un proceso francamente explosivo: la desigualdad creciente entre las dos comunidades, la musulmana (que representaba 5/6 de la población) y la cristiana (con el sexto restante). Los musulmanes eran víctimas de opresión social, intelectual, económica y política, por lo que desesperados ante la imposibilidad de hacerse oír, reaccionaron con violencia. Los argelinos musulmanes, poco politizados, lo que querían, fundamentalmente, era salir de la miseria en que se encontraban.

El 20 de septiembre de 1947 el gobierno francés adopta el denominado Estatuto de Argelia que no tenía nada de revolucionario y que pretendía mantener ampliamente la superioridad de la minoría europea. Al igual que en el caso congoleño, los europeos no estaban dispuestos a perder parcelas de poder para lo cual aplicaron una serie de falsificaciones y engaños electorales a objeto de elegir un mayor número de representantes de lo que el Estatuto les permitía.

El 1º de noviembre de 1954 se produce la insurrección argelina. Los jefes históricos de los movimientos pro-independentistas proclamaron la creación del Frente de Liberación Nacional (FLN), reclamaban la independencia nacional para la restauración del Estado argelino soberano y llamaban a sus compatriotas a utilizar medios de lucha pacífica.

En 1958 el General Charles De Gaulle, que había llegado a la presidencia de Francia para dar una rápida solución al problema Argelino, viaja a Argel y hace pensar a una parte importante de los musulmanes - en su famoso manifiesto "os he entendido" - que estaba dispuesto a crear una política de integración, en que musulmanes y cristianos europeos tendrían igualdad de derechos y deberes.

EL FLN crea un gobierno provisional de la República de Argelia

De Gaulle manipula para tratar que acaben los combates y el pueblo decida una "asociación con Francia". Sin embargo la inquietud crece, las manifestaciones se multiplican, las barricadas estallan a cada instante y entre el 24 y el 31 de enero de 1960 se producen disturbios de enorme magnitud. Se crea la Organización del Ejército Secreto (OAS) que desarrollaría actividades subversivas a contar de ese momento. El 18 de marzo de 1962 se terminan los Acuerdos de Evian en que el Gobierno francés acepta la independencia de Argel y poco después se produce la caída de la IV República.

Así concluía un ciclo de descolonización cuyo inicio arbitrariamente puede situarse en 1918 (los Catorce Puntos de Woodrow Wilson) o si se prefiere en 1947 (Independencia de la India y Pakistán) y cuya conclusión, en forma igualmente arbitraria, puede fijarse en 1981, con la independencia de Antigua y Belice, en la América Caribena.

A la búsqueda del futuro

El mundo colonialista, tal como se le conocía, había sido anulado. De allí en adelante las antiguas metrópolis han guardado relaciones más o menos amistosas con sus ex colonias, pero en todos los casos lo que queda abierto ante ellos es un futuro compartido en lo que Phillip Bobbit llama Estados-mercados.

La ruptura de los vínculos de dependencia política han dado paso a otros de carácter económico y tecnológico tanto o más pesados que los anteriores. Aquí cabe hacer una fuerte distinción entre los países de Asia, los de Oriente Medio y los de África, que indudablemente están en estadios diferentes de autonomía y capacidad de autodeterminación política y económica.

Mientras duró la etapa colonial las economías de las colonias estaban orientadas a satisfacer las necesidades del colonizador. Hoy, un cuarto de siglo más tarde, la dependencia más que política es económica.

Los países del Asia: India, Vietnam, Singapur, Indonesia y Filipinas, por mencionar algunos de los más importantes, se cuentan hoy entre los países emergentes, en diversos estados de bienestar.

Unos más, otros menos, han logrado una identidad y autonomía propias, están negociando con occidente en términos de relativa igualdad y sus futuros se avisan con cierta estabilidad tanto en lo político, como en lo social y lo económico.

Oriente Medio, en cambio, se ha transformado en un polvorín, de creciente inestabilidad y sujeto por la fuerza a la égida norteamericana. Superar las diferencias culturales y sociales entre el mundo musulmán y el mundo judeo-cristiano no es un simple problema de poder militar sino que entra en la esfera del cambio de los comportamientos más intrínsecos de los seres humanos.

África, en tanto, se transforma en un tercer protagonista, cuyas incertidumbres se ven agigantadas por su propia ingobernabilidad. Discusiones como las que se plantearon en la reciente conferencia de la OMC en Cancún muestran en forma nítida que el antiguo colonialismo sólo ha sido reemplazado por uno nuevo: el de los subsidios internos y las barreras arancelarias y para arancelarias de los productos agrícolas, principal riqueza de las ex colonias africanas y del mundo en desarrollo en general, lo que unido a los exorbitantes derechos de patentes industriales y particularmente de patentes farmacéuticas las tiene hundidas en un marasmo del que difícilmente podrán salir sin la comprensión del llamado mundo desarrollado.

Al respecto, el profesor Martín Feldman de la Universidad norteamericana de Harvard ha señalado recientemente que "el proteccionismo es la mayor amenaza a la paz mundial en los días que corren. El proteccionismo tiene mayor poder de destrucción de riquezas que el terrorismo".

La posibilidad de que África, la miserable, se rebele contra Europa, la opulenta, y ataque mediante armas terroristas de bajísima, por no decir nula, sofisticación es

enorme. Europa, consciente o inconscientemente ha colocado una bomba de tiempo en su patio trasero.

Esta afirmación que podría entenderse como un llamado a la piedad o la caridad de Europa y Estados Unidos debe ser entendida en un sentido más amplio y holístico: Europa, los Estados Unidos y Japón no podrán vivir en paz en un concierto de naciones menesterosas. Cuando las diferencias entre los ricos y los pobres son tan dramáticas no cabe la sumisión sino la rebelión.

Otra posibilidad, no menos atemorizadora que la anterior, es que contra la nueva colonización tecnológica y cultural de los Estados-mercados los pueblos africanos y del medio oriente se alcen en una contra-colonización, enviando oleadas de inmigrantes a Europa hasta transversalizar la cultura y mixigenizarla al modo que lo hizo África con Brasil, donde la cultura local aprecia su raíz angoleña y congoleña, al punto que tras cinco siglos de convivencia hoy se enorgullece de ser una sociedad multicéntrica y multicultural, si bien aún tiene cuotas importantes de discriminación laboral y salarial hacia determinados grupos raciales.

Para poder hacer una transformación real, sin contra colonización, se necesitaría cambiar de la actual lógica del conflicto y la desconfianza a una lógica de la cooperación, en que la transferencia tecnológica, especialmente en el campo agrícola y sanitario, no siga siendo parte de una retórica vacía de significado sino que pasase a ser parte consustancial de unas relaciones cooperativas y no opresivas.

El gran desafío al que se enfrenta la hoy en día exitosa Unión Europea no se agota con la incorporación a su seno de los países de su periferia inmediata, naciones que están saliendo del estancamiento propio de su liberación de la esfera soviética, sino que debe buscar caminos de acercamiento de las naciones africanas a sus propios estándares sociales.

La capacidad negociadora de África, frente a la Unión Europea, es prácticamente

igual a cero, de modo que habrá de ser ésta la que tome la iniciativa sea mediante el apoyo a la formación de una liga o mercado común africano que como tal pueda tener vínculos formales con la UE, sea a través de la firma de un Tratado Continental Económico semejante a lo que Estados Unidos se ha planteado en relación a Centro y Sur América con el ALCA.

De ser así, y en esto habría que plantearse a semejanza de Immanuel Wallerstein y sus escenarios para el 2050, el mundo presentaría una completa reformulación política, en que los focos de poder estarían en Estados Unidos como cabeza del ALCA, la Unión Europea presidiendo un eventual tratado Euro-Africano y China, aglutinando a Asia.

¿Qué ocurriría en ese escenario con Japón y Medio Oriente?. ¿Serían subordinados a Estados Unidos o preferirían unir sus fuerzas a alguno de los otros conglomerados?. ¿O nadie tendría la sensatez de hacer un esfuerzo de cooperación y por sobre la paz primaria el hambre, la muerte y la desolación?. ¿Querrá Europa ser el continente predador del África?. Las respuestas a estas preguntas son, que duda cabe, parte de la historia del futuro •

Referencias

ARNAULT, Jacques. *Historia del Colonialismo*, Editorial Futuro, Buenos Aires, 1960.

GRIMAL, Henri. *Historia de las descolonizaciones del Siglo XX*. Editorial Iepala, Madrid, 1989.

LINHARES, Yedda María, org. *História Geral do Brasil*. Editora Campus, Rio de Janeiro, 2000.

STRAUSZ-HUPE R. y HAZARD, H.W. *La idea del colonialismo*. Editora Tecnos S.A. Madrid, 1964.